

¿Es la lectora una subalterna?

Sophie Rabau¹

Universidad de la Sorbonne Nouvelle

Durante mucho tiempo no establecí un vínculo entre mi actividad como investigadora de la literatura y mis posicionamientos políticos, respecto de los cuales a menudo experimenté tanto la impotencia como la sensación de ser minoría. Por el contrario, arrastrada probablemente por un viejo resabio textualista, intentaba separar con todas mis fuerzas mi relación con el texto de mi relación con el mundo. Por un lado, luchaba sin lograr cambiar las cosas, mientras veía al país en el que vivo y a la universidad en la que trabajo ceder cada día más ante las leyes del mercado y seguir la gélida pendiente de una derechización del pensamiento. Por otro lado, quizás por el hecho de no poder cambiar el mundo, me dedicaba (a veces con éxito) a leer y a cambiar los textos al leerlos, sin someterme a su autoridad.²

Me tomó un tiempo, entonces, establecer una relación entre mi manera de leer y mi experiencia política. Más precisamente, me tomó un tiempo comprender que mi manera de leer atacaba y cuestionaba una obviedad que se me había escapado: el lector es un subalterno.

¿A qué lector o lectora nos referimos? Esa es justamente la primera pregunta a plantear o más bien el primer problema a afrontar. Hablo del “lector” al que se refieren tanto los comentarios críticos como los textos literarios; dicho de otra manera, hablo del lector real, tal como lo concibe el discurso literario o crítico. Ese lector del que hablamos cuando decimos “el lector” y que podría ser yo, ustedes o cualquiera que esté leyendo y se vea interpelado/a o designado/a de ese modo. Ese “lector” que encontramos en un título de Quignard –*El lector*–, que (¿re?)encontramos bajo la pluma de

¹ Traducción de Federico Alcalá Riff.

² Ver, por ejemplo, Rabau *Carmen*, Rabau *L'Art* o también Rabau y Pennanech “Les premières” y Rabau y Pennanech *Mission*.

Barthes: “En el texto, solo habla el lector” (Barthes *S/Z* 157), o en el famoso “hipócrita lector” de Baudelaire, pero también el “lector” que aparece, al menos con cierta frecuencia, en varios textos menos gloriosos, como por ejemplo este: “Si pone cuatro puntos y seis puntos, es porque quiere que el lector preste atención al número de puntos al leer el texto en voz alta” (Hawcroft 326).³ O incluso este otro: “El destino de Mr. de la Haye permanece en las sombras, pero el lector siente, sin que se lo digan, que su ligereza y su suficiencia no son capaces de generar una bella desesperación” (Cazenobe 22). Sin olvidar este ejemplo que nos habla de un “lector” conmovido: “El hagiógrafo recorta menos que los demás aquellos relatos sobre la juventud de la Virgen y el nacimiento del Salvador: el lector se conmueve ante el retrato de José y la pintura de la cuna” (Gros s/p). Expresiones como “el lector se conmueve” o incluso “el lector se queda atónito” producen una rica cosecha de ejemplos cuando las introducimos en un célebre motor de búsqueda.

El “lector”, entonces, se puede encontrar en los textos de muchos autores, incluida yo, ya que pude escribir sin inmutarme algo como lo siguiente: “La advertencia está lejos de ser clara, sobre todo para el lector de Mérimée” o incluso referirme a un “lector de Carmen” que se interesa, según yo, por las “historias de las mujeres de Bohemia” (Rabau *Carmen* 52, 61). No hay necesidad de continuar con el inventario: la mención del “lector” es tan corriente, casi mecánica, que a menudo pasa inadvertida, dado que estamos acostumbrados a aceptar sin hacernos ningún tipo de cuestionamiento que ese “lector” hace referencia al individuo que está leyendo, nombrado como tal ya sea por el propio texto que lee o por un discurso acerca de ese texto.

Por el contrario, quisiera proponer que existe al menos una diferencia entre el “lector” así nombrado y el individuo que está leyendo el texto. Yo opondría “el lector”, en el que las comillas marcan el uso textual del sintagma, a la “lectora”, sustantivo que utilizaré para designar al individuo al que se refiere aquella expresión. Lo femenino tiene aquí la función de recordar una de las discrepancias más impactantes, aunque no la única, entre la expresión y su referente: ocurre que en ocasiones “el lector” sea una persona que se identifica con el género femenino.

³ Un poco antes, en el mismo texto, encontramos: “Para el espectador o para el lector sagaz, sin embargo, el secreto se escucha incluso en el silencio” (14).

Esa diferencia no es exactamente aquella bien conocida que permite oponer el destinatario ideal al destinatario real, el narratario al lector, si se quiere, o incluso el lector ideal, modelo, inscrito en el texto, etc., al lector real. En primer lugar, el “lector” no se encuentra solamente en el texto que designa como tal a un enunciatario textual: como vimos, la expresión se puede ver tanto en el texto como en los comentarios críticos o en el discurso en general. Luego, la oposición entre ambos términos no se reduce de ningún modo a una oposición entre ficción y realidad. La expresión tiene la particularidad de referirse claramente a la realidad de la lectura, es decir que la lectora tiene todo el derecho a pensar que también se habla de ella cuando se menciona a ese “lector”. Estamos ante un caso en el cual un individuo real, varón o mujer, se encuentra designado/a con precisión, pero aun así falta, es borrado/a, invisibilizado/a y, como veremos luego, dominado/a.

En otras palabras, en la cultura occidental del libro, la lectora se encuentra en la posición de una subalterna en tanto que lectora y no por otras razones. En todo caso, esa es la hipótesis que quisiera explorar al estudiar la posición de la lectora a la luz del pensamiento de la subalternidad, tal como lo ha concebido Spivak en *Les Subalternes peuvent-elles parler?*

En primer lugar, como muchos dominados/as, la lectora no tiene la palabra y es preciso detenerse ante la obviedad, frecuentemente pasada por alto, de que un lector no interrumpe el texto que lee. Este es un rasgo fundamental que define a la lectora, por oposición a la oyente: esta última puede interrumpir al orador o al narrador; si decide hacerlo, dispone de la posibilidad material y si lo logra, no se escuchará el final del discurso que, por otra parte, ya no existirá. El negarse a escuchar es capaz de producir efectos en la existencia misma del objeto al que se niega la escucha.⁴

Por el contrario, en lo que respecta al texto escrito, sin importar lo que haga, no puedo impedir que exista tal como se encuentra impreso, no puedo quitarle la palabra. Seguramente podría recortar o romper algunos ejemplares, pero siendo el texto un objeto ideal y alográfico, no podré impedir que exista. Podría también censurarlo si tuviera ese poder, pero entonces tampoco lograría impedir que exista, sino solamente, en el mejor (o peor) de los casos, impediría que sea transmitido. No puedo luchar contra la evidencia

⁴ Sobre esta cuestión, me permito remitir a Rabau *Fictions*.

de que aquello ya estaba escrito desde antes que yo comenzara a leer, mientras que todavía no ha sido dicho cuando lo empiezo a escuchar.

Es así que, de un modo muy literal, la lectora no puede hablar porque no tiene la palabra y esa impotencia se complica a partir de otra característica que nos lleva más directamente a la cuestión del subalterno/a, tal como lo/a define Spivak: su palabra se encuentra confiscada y se habla por él o ella. Salvo por alguna extraordinaria coincidencia, las palabras, pensamientos y sentimientos atribuidos al “lector” tienen muy pocas posibilidades de ser los mismos que la lectora dice (o no dice), concibe o piensa. Esto es particularmente cierto en los casos en los que las palabras que se le atribuyen al lector son citadas en el texto. Por ejemplo, en la introducción de *Las metamorfosis* de Apuleyo, aparece una pregunta: “¿*Quisille?* ¿Quién es?”. La crítica acuerda generalmente en decir que se trata de la palabra de un lector que se dirige al narrador,⁵ al punto de que algunos traductores franceses no dudan en añadir un “dices”: “¿Quién es?, dices”. Algunos críticos señalan que ese destinatario al que parece darse la palabra es un destinatario textual, el ya conocido narratario, que no hay que confundir con el lector real. Sin embargo, esa distinción, aun cuando es cierta, no impide que la pregunta sea generalmente atribuida a una figura que llamamos “el lector”, “*the reader*”, “*il lector*”, etc., algo a lo que Apuleyo nos anima ya que él mismo se dirige a un “lector”. No obstante, no importa tanto señalar que ese “lector” toma la palabra, sino que cada vez que se le da la palabra, una lectora es invitada a observar una figura que de un modo muy literal habla por ella. Mejor dicho, se habla de ella y se habla por ella, lo que se corresponde exactamente con la definición que ofrece Spivak de la subalterna: aquella que está representada, es decir, aquella de la que se habla y en lugar de la cual se habla.

Podríamos pensar apresuradamente que esta “representación” proviene de una universalización desafortunada, por la cual de alguna manera cada lectora es borrada en su individualidad por el discurso sobre la categoría a la que pertenece. Sin embargo, la situación es un poco más compleja: para empezar, el sintagma “el lector” es ambiguo y se puede referir tanto a una clase de individuos como a un individuo en particular; más precisamente,

⁵ “The reader asks ‘who is this one’ (Dowden 427) y “L’unica persona del prologo che viene identificata senza ambiguità è il lector al quale si rivolge con la perentoria promessa di diletto” (Nicolai 148), etc.

ese “lector” quizás se vea representado por palabras que se pueden atribuir a dos tipos de individuos: el destinatario representado en el texto y, más sutilmente, el crítico que proyecta su reacción o su lectura individual sobre ese “el lector” que él mismo invoca. En la frase en la que hablo del “lector de Mérimée”, hablo evidentemente de mí misma, pero generalizo y produzco una objetivación de mi experiencia convocando a la figura del “lector”. En todos los casos, falta la lectora que solo es representada para ser negada o al menos para ser hablada por el discurso sobre el “lector”.

Esto es exactamente lo que estoy haciendo en estas líneas, cuando escribo que la lectora se encuentra privada de su propia palabra: yo la menciono, pero ella no está y describo por ella la experiencia que yo le atribuyo. Hasta ese punto es que vivimos en una cultura literaria en la que se la usa de ese modo.

Pero esta representación tiene un efecto aún más paradójico entre aquellos/as autores/as, críticos/as o literarios/as, de quienes se dice que han fortalecido el poder del lector, que han soñado una obra en la que el lector tome el poder o sea el centro del texto, eso que en su momento se llamó el *reader oriented criticism*, invocando nuevamente, pero esta vez en inglés, a ese misterioso “lector”. *S/Z* de Barthes es conocido por ser uno de estos textos que acoge, sin establecer ninguna jerarquía, la pluralidad de lecturas e interpretaciones, y que parece dar un lugar privilegiado al “lector”, que ya no estaría subordinado a la autoridad unívoca de la palabra del autor. Sin embargo, detengámonos en esta frase de Barthes en la cual, al definir aquello que él denomina una obra “escribible”, evoca la palabra del “lector” y concibe a la vez un escritor que escribe según su dictado:

En el texto solo habla el lector: la escritura no supone la comunicación de un mensaje que parte del autor y va hacia el lector, así como la lectura no es la recepción ni tampoco una simple participación psicológica del lector en la aventura narrada. La escritura es activa, lo que hace del autor un escritor público que actúa en interés del lector, en provecho del lector. Para el escritor no se trata de halagar los gustos de su cliente: se trata de consignar bajo el dictado del lector el registro de los intereses del lector, el registro de las operaciones mediante las cuales el lector quiere manejar el develamiento de la historia contada (Barthes *S/Z* 157)

Es evidente que la expresión “bajo el dictado del lector” es problemática en la medida en que la obra escribible no está escrita bajo el dictado de

ninguna lectora, sino de una abstracción, de un “lector” que es la negación de cada lectora.

El propio Barthes nos ayuda en otro texto a precisar la naturaleza de esta negación:

Si leo con placer esta frase, esta historia o esta palabra es porque han sido escritas en el placer (ese placer no está en contradicción con las quejas del escritor). Pero ¿y lo contrario? ¿Escribir en el placer me asegura a mí, escritor, el placer de mi lector? En absoluto. Es preciso que yo busque a este lector (que lo “seduzca”), sin saber dónde está. Se crea de ese modo un espacio de goce. No es el otro en tanto “persona” lo que necesito, sino ese espacio: la posibilidad de una dialéctica del deseo, de una imprevisión del goce: que los juegos hayan terminado aún, que haya un juego (Barthes *Le plaisir* 6).

El “lector”, aquí “mi lector”, no vale más que por su ausencia, por el juego que esta ausencia crea en el seno del texto. Leer la palabra “lector” cuando se es lectora, es leer la propia ausencia, la propia negación, o más exactamente, es estar representado por la propia negación.

Ahora bien, esta negación va acompañada de una experiencia de invisibilización que nos devuelve a la cuestión del subalterno: Italo Calvino, cuya reputación de defensor e incluso de paladín del lector está bien consolidada, es conocido por haber puesto al lector en el centro de una obra que a menudo es presentada como una apología del poder lectoral, la famosa novela *Si una noche de invierno un viajero*, en la cual el héroe y el destinatario es “el lector”. Se creará que al fin encontramos una obra en la que el lector no es negado ni borrado a través de la generalización o la proyección, sino que está dotado de una verdadera individualidad. A pesar de ello, esta figura individualizada no me representa jamás a mí que leo, no traduce (salvo que ocurra un milagro) mi propia experiencia de lectura y, sin embargo, nuevamente, se refiere a mí después de todo, porque ciertamente estoy leyendo una novela de Italo Calvino. Cada lectora de Italo Calvino se encuentra enmascarada, invisibilizada por esta representación y, por otro lado, ese “lector” que se considera el centro del relato o hasta el encargado de llevarlo adelante es también el que esconde a cada lectora e incluso el que impide salir a buscarla, porque después de todo, el “lector” ya está ahí. Leer a Calvino es hacer, una vez más, la extraña experiencia de que hablen de mí y que al mismo tiempo me borren, mientras dicen que me entregan las riendas de un relato que finge darme un poder que obviamente no tengo.

Este pseudoempoderamiento del lector es doblemente problemático si lo analizamos a la luz del pensamiento de Spivak. En primer lugar, porque oblitera la posibilidad de un cambio de paradigma que nos permitiría pensar el poder de la lectora de un modo radicalmente nuevo. Spivak critica a Foucault y a Deleuze en la medida en que ambos, al proponer que los oprimidos deben saber y hablar por sí mismos, reintroducen de un modo acrítico el presupuesto ideológico de que existe necesariamente un sujeto de deseo y de poder. Dicho de otro modo, suponen que los oprimidos deberían querer ejercer exactamente el poder que sobre ellos ejercen los opresores (Spivak 14-26). Este primer punto es esencial para pensar las teorías o las prácticas que han buscado otorgar mayor poder al lector, porque ese poder es pensado sin un cambio de presupuestos o de paradigma, de tal manera que el lector es convertido en una suerte de doble del autor sin que se ponga en tela de juicio la concepción de sujeto (al menos la que resulta dominante) que la noción de autor supone.

Lo dicho podría explicar aquella expresión, bastante extraña a fin de cuentas, que encontramos en Barthes: “bajo el dictado del lector”, como si un lector no tuviera otro ideal que el autoral y no tuviera otro objetivo que sustituir al autor. Incluso podría explicar nociones como *wreading*⁶ o lecto-escritura⁷ a través de las cuales buscamos permitirle al lector la posibilidad de escribir, de ser un autor para pensar así un poder del lector. Por último, se podría explicar del mismo modo la generalización que supone el singular que mencioné anteriormente: si decimos “el lector” cuando podríamos decir “cada lectora”, es probablemente porque indexamos nuestro pensamiento de la instancia lectoral a aquel de la instancia autoral.

Si en nuestra cultura posromántica no hay más que un único autor a cargo de su texto, eso implica que no hay más que un único lector. Desde este punto de vista, es sorprendente que el Barthes de *S/Z* no busque concebir una diseminación del “lector” (siempre presentado y designado en singular) en el mismo momento en que está pensando la diseminación de la lectura.

⁶ Los especialistas en literatura digital e interactiva usan muy frecuentemente esta expresión para referirse a la acción del lector sobre el texto.

⁷ Utilizo esta expresión en Rabau *L'Art*.

Es posible que a través de la coartada de darle el poder al “lector”, se busque más bien quitárselo de un modo notablemente eficaz. Ese es precisamente el segundo problema que suponen las teorías que plantean o reivindican un poder del “lector”. Siguiendo a Spivak, el verbo “representar” en español y en francés o el sustantivo correspondiente, “representación”, tienen dos sentidos que el alemán nos permite distinguir: *Vertretung* se refiere al hecho de hablar en nombre de otro y *Darstellung* se refiere a la representación en el sentido de *mimesis*. Representar al subalterno en cuanto *Darstellung* es también representarlo a través una operación similar al de la ventriloquía (Spivak 27). Este es el mecanismo por el cual se le quita todo poder a la lectora: al representar (*Darstellung*) su palabra, el autor la representa (*Vertretung*) y, por ello, actúa como su ventrílocuo. De esta manera, cuanto más la obra le otorgue la palabra al “lector”, más abierta se la considerará respecto de ese “lector” y más probable será que le quite todo poder y toda voz a la lectora.

La lectora a la que se refiere el sintagma “el lector” (yo que leo, vos que leés, él o ella que lee o ellos/as que leen, nosotros/as que leemos, ustedes que leen), se encuentra entonces en una posición de impotencia desde el mismo momento en que se la menciona. En ese sentido, la pseudoliberación ofrecida por esa suerte de inflación de su representación agrava todavía más esta problemática.

Añadamos a lo anterior el hecho de que la lectora es por definición una minoría. Esto es así, para empezar, porque el “lector” nace, como ya vimos, a partir del sesgo de una generalización uniformizante, a partir de una manera de generalizar la propia lectura, de establecerse a sí mismo como representante de un universal y de hablar supuestamente en nombre de todos. Esta operación no está libre de violencia. Al hablar en nombre de la lectora, un otro habla de sí mismo y de todos o incluso de nadie. En particular, el comportamiento que se le atribuye al “lector” se presenta como el único que puede ser tenido en cuenta y por eso es considerado implícitamente como la norma mayoritaria. Todo comportamiento individual de la lectora, su existencia misma en tanto que individuo singular susceptible de cambiar su comportamiento de lectura a cada instante, la constituye en una minoría.

Además de los motivos anteriores, la lectora es minoría por otra razón que tiene que ver con los hábitos implícitos en los comentarios críticos⁸ en el mundo occidental, al menos desde el trabajo de los eruditos de la biblioteca de Alejandría que inventaron el llamado método de los paralelos.⁹ Nosotros leemos en función de fenómenos mayoritarios y, en particular, en función de fenómenos de recurrencia(s): decir de un/a autor/a que posee un estilo metafórico o irónico o patético es lo mismo que decir que las metáforas, la ironía o lo patético aparece regularmente en su obra o en su texto e inversamente, a la hora de caracterizar un texto o una obra, buscamos en ellos rasgos recurrentes. El discurso crítico no hace de las excepciones su objeto de trabajo o, si lo hace, estas son consideradas en función de los rasgos recurrentes y dominantes: puede que haya artículos sobre la frase corta en Proust, pero esos artículos, si es que existen, muy probablemente analizan la braquiología proustiana en virtud de su contraste con la tendencia a construir grandes frases, que son consideradas como dominantes en el estilo de *En busca del tiempo perdido*.

Por otro lado, el comentario, tal como lo practicamos y lo enseñamos, para algunos, en la universidad, se basa en la presuposición de que la hipótesis que proponemos sobre un texto es válida para la mayor parte de ese texto. Decir que un texto pertenece a tal o cual género, digamos al género novelesco, es admitir implícitamente que cada una de sus partes o, en todo caso, que en la mayoría de sus páginas se pueden encontrar rasgos de la novela.

Por lo tanto, cuando se va a mencionar al “lector” del texto que se está comentando, es muy probable que se le atribuyan reacciones ligadas a esos fenómenos mayoritarios. Se considera que el punto de vista de la lectora corresponde o responde a los fenómenos recurrentes y mayoritarios que se observan en el texto. Retomando el ejemplo de la novela, no conozco ningún estudio crítico sobre la novela que mencione un “lector” apasionado por la poesía que a la vez deteste lo novelesco. A lo sumo se dirá que el “lector” de esta o aquella novela se sorprende ante la irrupción excepcional de una prosa poética, pero no conozco ningún ejemplo de una afirmación como

⁸ Respecto de la cultura del comentario ver Charles.

⁹ El método de los paralelos, atribuido a Aristarco y creado probablemente por Porfirio, consiste, según la fórmula de este último, en esclarecer a “Homero a partir de Homero”. Ver, por ejemplo, Briand y Pennanech.

la siguiente: “El lector se deleita con esta ruptura poética en la dinámica de esta novela de aventuras y espadachines”. Tampoco encontré nunca un estudio sobre el suspenso en el que se me explique que el “lector” no soporta la espera en la que se lo sumerge y lejos de quedar “suspendido”, cierra el libro porque no puede tolerar que se juegue así con sus nervios. Sin embargo, debe haber lectoras que efectivamente se deleitan con esa ruptura o que no soportan el suspenso, pero que leen relatos de suspenso por error, por un malentendido o por ignorancia. Incluso si estas lectoras no existen, se las puede imaginar perfectamente y se puede notar cómo su punto de vista es aplastado por el punto de vista dominante del “lector”.

Si la omisión de estas lectoras que aman la poesía o que detestan el suspenso no nos escandaliza, aun siendo que efectivamente se ven menoscabadas en el ejemplo que acabo de proponer, imaginemos ahora que decimos que un texto cuenta, en términos generales, una historia de amor heterosexual. Por cierto, no hace falta imaginarlo, porque eso es generalmente lo que se dice de muchas novelas, excepto que los especialistas que definen al género como constituido por relatos de amor y de aventura no se toman el trabajo de aclarar que se trata de amor heterosexual. No obstante, no dejan de perfilar un “lector” que se considera interesado antes que nada en este tipo de amor y que lee la novela para ver representada ahí una historia de amor heterosexual. Una vez más, su punto de vista es considerado como el punto de vista mayoritario respecto del texto. Estamos tan acostumbrados a esto que no nos sorprende ni nos choca demasiado una frase como: “El lector sigue la caótica relación amorosa de Jeanne y Louis y la competencia entre Gilles y Henri”.¹⁰ No nos damos cuenta de que podríamos escribir perfectamente otra cosa, por ejemplo: “Al lector no le interesa la relación amorosa de Jeanne y Louis y espera que la competencia entre Gilles y Henri esconda el hecho de que se sienten atraídos el uno por el otro”.

Si muy rara vez o incluso nunca encontramos este tipo de frase, no es solo porque la heterosexualidad se considere un comportamiento mayoritario en nuestras sociedades, sino también porque resulta dominante dentro del texto y porque nos detenemos en aquello que ejerce ese dominio para poder comentarlo.

¹⁰ Tomo esta descripción de la cuarta contratapa de Coulombe, Michel, *Méchant Patron*, Paris: Stanke, 2014.

La idea de “servir al texto”, expresión tomada de la jerga del teatro y de la puesta en escena, a veces se reproduce en el discurso de los estudios literarios cuando se prescribe cómo comentar textos “correctamente” en el marco de la práctica escolar y universitaria. Significa básicamente que es necesario mantenerse fiel a las intenciones y al pensamiento del autor y no plasmar en el texto nuestras propias ideas o intenciones. Las cosas se complican si recordamos que las intenciones o el pensamiento del autor se encuentran determinados por la observación de fenómenos mayoritarios que se proyectan luego sobre el “lector”.

Si el análisis que propongo es válido, si efectivamente se comentan los textos a partir de fenómenos mayoritarios, inclusive si uno/a se desentiende de sí mismo/a en tanto lectora al identificarse con el “lector”, entonces ese modo de leer es una forma de “servidumbre voluntaria”, cosa que La Boétie mostró hace mucho tiempo que puede ofrecer algunos beneficios secundarios: es bueno estar del lado del tirano y no está mal estar del lado de una institución literaria que postula la autoridad del autor y del texto. Como toda persona dominada, la lectora debe respetar el recorrido de aquello que la domina si quiere sobrevivir, es decir, debe servir al texto, debe dar cuenta de él, debe atribuirle una unidad global y unos rasgos mayoritarios dominantes para restituirlos luego y convertirse en la aliada del autor.

La lectora es una subalterna en tanto minoría, en tanto dominada, invisibilizada y “representada” y se somete voluntariamente cada vez que acepta ser “el lector”. Sin embargo, existe una diferencia con respecto a la subalternidad que quizás se le haya ocurrido a mi “lector” (si no a mi lectora): una lectora, salvo alguna excepción, está dotada de un lenguaje y, contrariamente a la subalterna de Spivak, puede hablar o escribir. La abundancia de discursos críticos sobre los textos, ya sean amateurs o profesionales, es prueba suficiente de ello.

Pero ¿estamos tan seguros de que la lectora puede hablar? El texto se encuentra siempre ya escrito de antemano y, como vimos, no puede hablar en un texto en el que se habla de ella. En cuanto a un discurso por fuera del texto, si se realiza en un ámbito profesional, crítico o universitario, es muy probable que en definitiva sirva al texto y que la “palabra” de la lectora sencillamente refuerce su sumisión, como lo que ocurre en la tortura según señala Elsa Dorlin en su reflexión sobre la autodefensa: cada esfuerzo del torturado por liberarse de la tortura refuerza en verdad la máquina que lo aplasta

(Dorlin 5). El hecho de leer sirviendo al texto, de aceptar hablar del “lector” y no de la lectora, termina siendo prácticamente lo mismo que aquello, salvo que la experiencia sin duda es menos dolorosa físicamente.

Probablemente mi “lector” (y quizás también mi lectora, pero no lo sé), espera que a esta altura de la reflexión se le proporcionen algunos mecanismos por medio de los cuales escapar de la sumisión y no ser más el subalterno del texto, del autor o de la crítica. Yo quisiera más bien, al menos en este trabajo y por el momento, detenerme en la idea de que la lectura según el “lector” ofrece un modelo particularmente puro para pensar la sumisión. Digo particularmente puro porque existe sin ningún interés secundario (económico o político) y aparece como un dispositivo puro de dominación que funciona en tanto tal. Antes de salir de este dispositivo me parece importante tomar conciencia de él, en principio, para poner de relieve que las actividades que se consideran emancipadoras (la escuela, el aprendizaje de la lectura, la frecuentación de textos literarios) son curiosamente el lugar en el que se enseña ese tipo de lectura sumisa. En segundo lugar, para remarcar la necesidad de mantenerse muy alerta en ese proceso de tomar conciencia, en la medida en que resulta muy dificultoso sacar a la lectora de su sumisión por la sencilla razón de que la lengua nos constriñe: en este artículo, a pesar de que hablé de la lectora, seguramente he hablado en verdad de la “lectora” o incluso del “lector”, mientras intentaba hablar de vos, de mí, de él, de ella, etc. En tercer y último lugar, para esperar que este estado de cosas o del lenguaje nos ofrezca un lugar a partir del cual experimentar la sumisión y sus trampas, a partir del cual aprender a reconocerla, aprender finalmente a desconfiar de ella: si la pedagogía de la literatura (y de la lectura) pretende reformarse, cambiar, volverse una práctica auténticamente emancipadora, quizás deba interesarse en ayudarnos a tomar conciencia y mostrar que todos somos susceptibles de convertirnos en subalternos del texto.

El interés que pueda tener una toma de conciencia como esta reside evidentemente en su corolario: si aprendiendo a leer podemos aprender a reconocer fenómenos de dominación, podemos suponer también que, en un segundo momento, aprenderemos a leer sin someternos, a hacer de la lectura un lugar de aprendizaje de la insubordinación que luego podría utilizarse, llegado el caso, en otros ámbitos. Esta pedagogía de la revuelta perfectamente podría involucrar primeramente una transformación discursiva y mi idea de distinguir al “lector” de la lectora constituye una humil-

de propuesta en esa dirección. En segunda instancia, implicaría un cambio de paradigma de la lectura que tendría por objetivo evitar la servidumbre respecto de lo que se considera dominante en el texto, una lectura según una minoría del algún tipo que supondría la invención de una “lectora” minoritaria; dicho de otro modo, leer desde los puntos de vista olvidados: siendo el “lector” una construcción, aprendamos al menos a construir “lectoras” diferentes que busquen otras formas de la sexualidad¹¹ en los textos, otros estratos sociales (¿cómo leería una empleada doméstica las tragedias de Racine y las comedias de Molière?), otras especies (urge imaginar que la lectora de novelas de aventuras y espadachines es un caballo y no hay ningún chiste en esa propuesta). Algunas de esas lectoras serán también construcciones que ocultarán a otras lectoras, pero al menos podemos esperar que su variedad, su carácter efímero y lábil, limitará el riesgo de pensarlas como sustancias intemporales, incorpóreas y falsamente universales.

Una tercera perspectiva, posiblemente la más interesante para quien quiere aprender a deshacerse de la impotencia política, consistiría en permanecer en el dispositivo de dominación que describí y entorpecer su funcionamiento. La invención y la construcción de lectoras “minoritarias” que acabo de mencionar podría ser una primera tentativa en este campo todavía en ciernes en el cual la llamada teoría de los textos posibles¹² (ya sea que se trate de la lectura a partir de lo menor, lo menos visible, lo no dominante, el resto) ofrecería una vía alternativa, entre todas aquellas que no han sido descubiertas. El personaje del interpolador/a, concebido por los filólogos como aquel que agrega a un texto un elemento que supone una desviación y que es reconocible por esa misma desviación, resultaría ahora rehabilitado desde este punto de vista, cosa a la que me he dedicado parcialmente. No obstante, sería mucho más provechoso imitarlo, aprender a insertar en el texto su punto de vista desviado¹³.

¹¹ A ello me he dedicado en Jeannelle y Rabau, Sophie.

¹² Para una primera aproximación, redirijo a https://www.fabula.org/atelier.php?Textes_possibles. Aquí rescato de la teoría de los textos posibles el hecho de que no busca leer en función de aquello que domina el texto y en lo que reparan los comentarios críticos, sino que más bien intenta entrar en lo no dominante, es decir: el resto que no se tiene en cuenta en un comentario (o incluso que el mismo comentario ha producido), los caminos sugeridos pero no recorridos, los elementos “desviados” que parecen escapar a la lógica general, etc.

¹³ Sobre estas cuestiones, ver Rabau, *L'Art*.

De esta manera, aprenderíamos a luchar desde una posición minoritaria en la cual nos encontramos dominados e impotentes, a luchar no para invertir la dominación al tomar el poder, sino para proponer otro modelo de acción no dominante y, sin embargo, poderoso.

No estamos obligados a querer resistir. Podemos no querer luchar. Pero si queremos aprender a resistir, quizás sea necesario politizar la lectura, es decir, no leer desde una perspectiva política sin cambiar nuestra práctica de lectura, sino aprender a leer de otro modo. Así aprenderíamos simultáneamente la lectura y la insubordinación. Aprender a leer sería aprender a luchar.

Bibliografía

Barthes, R. *S/Z*. Paris: Seuil, 1970

—. *Le plaisir du texte*, en *Œuvres Complètes*, IV, París: Seuil, 2002

Briand, M. “Lucien et Homère dans les Histoires vraies”. *Lalies*. 25 (2004): 127-140.

Cazenobe, C. “La parodie dans les aventures du chevalier de Beausobre”. *Le roman des années trente: La génération de Prévost et de Marivaux*. Eds. McKenna, Antony, Rivara, Annie et al. Saint Etienne: Presses de l’Université de Saint Etienne, 1998. 9-25.

Charles, M. *L’Arbre et la source*. Paris: Seuil, 1979

Dorlin, E. *Se défendre. Une philosophie de la violence*. Paris : Antipodes, 2018.

Dowden, K. “Apuleius and the Art of Narration”. *The Classical Quarterly*. Vol. 32. N° 2 (1982) : 419-435.

Gros, G. *Martial d’Auvergne et Les Matines de la Vierge. Etude sur les formes de la dévotion mariale*. Besançon: Presses de l’Université de Franche comté, 1997.

Hawcroft M. “Points de suspension chez Racine : enjeux dramatiques, enjeux éditoriaux”. *Revue d’histoire littéraire de la France*. Vol. 106. 2 (2006): 307-335.

Jeannelle, J.-L. y S. Rabau. “Pour une ‘lecture intéressée’ du *Page disgracié*”. *Fabula / Les colloques, Construire le contexte: une expérience de lecture*. Disponible en: <http://www.fabula.org/colloques/document6616.php>, página consultada el 24 de enero de 2022.

Nicolai, R. « Quisille? Il proemio delle Metamorfosi di Apuleio e il problema del lettore ideale ». *Materiali e discussioni per l’analisi dei testidclassici*. N°. 42 (1999) : 143- 164.

Pennanech, F. “Quel genre de flics sommes-nous?”. *Acta fabula*. Vol. 11-. N° 3 (2010) : s/p. Disponible en: <http://www.fabula.org/acta/document5550.php>, página consultada el 3 de octubre de 2018.

- Pennanech, F. y S. Rabau. “Les premières phrases d’un roman ne sont généralement pas au début des romans”. *Vacarme*. 80 (2017): 108-112.
- . *Mission : Comédie ou comment sortir d’une tragédie en moins de vingt-quatre heures*. Paris: Belles Lettres, 2022.
- Quignard, P. *Le Lecteur*. Paris: Gallimard, 1976.
- Rabau, S. *Fictions de présence. La narration orale dans le texte romanesque du roman antique au XXe siècle*. Paris: Honoré Champion, 2000.
- . *L’Art d’assaisonner les textes. Théorie et Pratique de l’interpolation*. Toulouse : Anacharsis, 2020.
- . *Carmen, pour changer. Variations sur une nouvelle de Prosper Mérimée*, Toulouse: Anacharsis, 2018.
- Spivak, G. Ch. *Les Subalternes peuvent-elles parler?* Paris: Editions Amsterdam, 2009.